

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS

EL MOSQUITO DEL REY

Ya vienen los reyes, y ya le cae á la tía Recachenda la jaqueca de todos los años. Al oír sus nietos, el rumor de las caracolas y percibir el olorillo de las tortas y la miel, se les inflama el entusiasmo del estómago y de la cabeza y empiezan á sobarla para que les de golosinas y les cuente cuentos de magos y pastores, y de bueyes, mulas y camellos.

—¡Para que más camellos que vosotros!—exclama la tía Recachenda repitiendo su frase de otros años y repartiendo soplamocos á derecha é izquierda. —¿Creeis vosotros, grandísimos posmas, que tengo yo los cuentos en la manga y me los saco de ella cuando quiero?

—¡Abuela!—grita el mayor de todos que ya es un granuja de tomo y lomo. —Cuéntenos usted algo del Rey Baltasar.

La tía Recachenda toma la caña para pegarle, y el pilluelo escapa como un cohete. Sabe que su abuela le prestó unos cuartos hace años á un tal Baltasar, y que desde entonces no puede oír ese nombre sin encenderse como una pajueta.

—¡Qué tiempos, hijos míos!—exclama la pobre vieja volviendo á caer en su desvencijada silla forrada de pieles de conejo. —¡Que tiempos, criaturitas de mi alma! Vosotros sois inocentes y no comprendéis ciertas cosas; pero ¡ay! día llegará en que abriéis los ojos, y se os llenarán de lágrimas al sentir por primera vez el aguijón de la malicia humana. Los pecados, hijos míos, llenan el mundo; los hombres piensan que en tener cuatro cuartos van á ser Dioses, y no reparan en atraparlos donde los encuentran, aunque no sean suyos sino ajenos. Da ganas de morir hijos míos, de ver las injusticias que corren por la tierra. Pero yo quiero enseñaros sobre todo esto lo que me enseñaron á mí mis padres, para que al

gun día se lo enseñéis vosotros á vuestros hijos; quiere enseñaros que en vano el hombre se despepita por ser grande en este mundo; porque aunque lograse empuñar él solo el cetro de todo el universo, de nada le serviría ese cetro sino venia el reino de Dios á su corazón. Por eso decimos todos los días: «Venga á nos el tu reino.» Y para que se paise lo que es ese reino y lo poco que valen en comparacion suya los reinos

Oriente á adorar el niño, y le trageron todo aquello del oro, el incienso y la mirra, y que habiendo salido de su casa guiados por una estrella, esta les acompañó por todo el camino hasta que llegaron á Jerusalem, donde, sin saber cómo, desapareció. Los pobres reyes que eran muy buenos y muy cristianos, cuando se encontraron con la luz apagada se afligieron mucho; porque sabian ellos que aquella luz no era como la de

los fósforos que se compran facilmente en el estanco, sino que era luz del cielo que cuesta muchos sacrificios adquirirla. —¿Qué haremos?, dijeron ellos. Nos dirigiremos al palacio de nuestro compañero el rey Herodes, y le pediremos noticias del paradero del niño que buscamos. De seguro que él se alegrará mucho de nuestra llegada y del objeto de nuestro viaje; porque como es natural será un rey muy santo y muy bueno, y estará como los demás israelitas deseando ver al Mesias prometido.

Pero chasco se llevaban. El Rey Herodes era un galopin como una loma, con más malicia que un grano enconado, y más intencion que un toro de Jarama.

—Buenas noches, señor Herodes, le dijeron cuando estuvieron en su presencia.

—¡Hola, señores! ¿Tanto bueno por casa? ¡Cuánto gusto tengo de ver á ustedes! ¿Que hay?

¿qué ocurre para que en tan riguroso invierno hayan ustedes hecho este viaje?

—¡Friolera! ¿y usted nos lo pregunta? ¡Pues si nosotros suponíamos que estaría usted saltando de alegría y sin saber ya que hacer para obsequiar al niño Dios que acaba de nacer estos días pasados!

—¡El Mesias!!!

—El mismo. ¿Es que no sabe usted nada?

—Hombre, están tan mal los correos; y luego como ha nevado tanto, los ca-



de la tierra, es voy á contar un cuento muy bonito que os vá á gustar muchísimo; el cuento de *El mosquito del rey*.

—¡Ay! ¡sí! ¡sí! abuela; cuéntenos usted lo del mosquito.

—Por supuesto, vais á estar muy quietecitos y no vais á interrumpirme con doctorías.

—Si abuela, cuente usted, cuente usted.

—Pues, señor,—empiezo á contar. —Cuando la Santísima Virgen dió á luz en Belen al hijo de Dios ya sabéis que á los pocos días vinieron los reyes del

nos están intransitables, y...

—¡Vaya hombre!; pues nos alegramos tantísimo de haberle traído nosotros la noticia. ¡Usted sabe que honra tan grande para usted tener ya en sus estados el gran Rey de Israel!

Herodes se mordió los labios.

—En efecto, dijo, es una honra que no merezco; y estoy ya deseando saber donde está ese niño para ir yo también á rendirle vasallaje.

—Pero es el caso que nosotros tampoco lo sabemos.

—Pues, señores; averiguarlo, y venir-se enseguida para que vayamos todos á ofrecerle nuestros respetos.

Los inocentísimos reyes, al ver á Herodes tan animado y dispuesto, le dieron un estrecho abrazo; y despidiéndose, se salieron de palacio haciendo comentarios de su muchísima piedad.

Mas no bien habían salido cuando Herodes loco de furor empezó á correr como un desesperado por su habitación tirándose arrapones de los cabellos. — ¡Maldición! — exclamaba — á buena hora viene ese Mesias esperado tantos años; cuando tengo todo mi ejército en la guerra, y me hallo imposibilitado de defenderme. Porque es claro como la luz: él será rey, y como rey, querrá calzarse la corona, y dejarme á la luna de Valencia; pero se lleva chasco, porque como yo pueda no se saldrá con la suya.

Una sonora carcajada cortó en aquel instante la palabra al iracundo monarca.

Herodes volvió la cabeza, y se encontró con un hombre ruin y feillo que le miraba con ojos de perdiz y se reía en su mismas barbas.

—¿Quién eres tú que así te burlas de todo un monarca?

—¿Y á tí que te vá? — contestó el feillo; y volvió á soltar la carcajada.

—Pero dí, por qué ries, — exclamó el rey furioso queriendo arrojarle sobre sí.

—Porque lo merece tu grandísima tontería. ¡A quien se le ocurre siendo un rey poderoso como tú tener miedo á ese reyezuelo que acaba de nacer!

Herodes se quedó pensativo.

—Tienes más, — continuó el feillo, que no era otro sino el diablo en persona, que buscar á ese rey rapaz, cortarle el pezcuezo y asunto concluido.

Herodes volvió á mirarle estupefacto

—Nada, lo dicho, — continuó el infernal consejero; — el asunto es sencillo: llama á tus guardias, les das tus órdenes y ellos se encargarán de lo demás. Es

tan ya prácticos.

Herodes se animó, comprendió la eficacia del consejo y empezó á tranquilizarse como el tigre que confía en sus uñas; pero le quedaba cierto recelo.

—Es que he leído, — dijo queriendo aclarar el punto, — que el Mesias que ha de venir ha de ser poderosísimo en obras y en palabras; y francamente, si es así, me daría poco gusto ir por lana y volver trasquilado.

—No tengas miedo, hombre, no tengas miedo — dijo el diablo; — tú no has entendido bien las profecias. El poder de ese rey es puramente *espiritual*.

Y poder espiritual ¿qué es? preguntó Herodes que entendía poco de mística.

—Hombre, poder espiritual, quiere decir poder del espíritu.

—Pero ¿y qué es poder del espíritu?

—Poder espiritual.

—¡Vaya una gracia! — dijo Herodes — Como no te expliques más me quedo en ayunas.

—Hombre, poder espiritual quiere decir una cosa allá del cielo, cosa muy alta, cosa de ángeles y arcángeles y serafines y querubines y...

—¡Ta, ta, ta! ¿Y no es más que eso?

—Nada más.

—Es decir, que, aunque yo carezca de ese poder, podré conservar mi corona y mi ejército, y estar bien con el emperador romano, y ser respetado en mi trono...

—Y además estar gordo y colorado como una remolacha, y tener mucho dinero.

—Pues entonces me río yo del poder espiritual, y me echo á dormir.

—Sin embargo, bueno será que antes de acostarte *escabeches* al muchacho como ya te he dicho; pues sabes que el pueblo es muy fanático, y pudiera darte algún disgusto empeñándose en dar á ese rey más importancia de la que convenga.

—Es verdad; lo haré así, y estaré más seguro.

Y el cruel Herodes, dando una palmada con aquellas manazas que parecían dos coberteras, llamó á sus verdugos que estaban en la real antecámara entretenidos en matar moscas por matar a go, y les dió la órden de buscar al niño Jesus y degollarlo donde lo encontrasen; y de no encontrarlo, degollar á todos los niños menores de dos años que hubiese en Galilea.

Poco despues un espantoso clamoreo que partía el corazón hizo comprender que había empezado á la

matanza. Miles de niños hermosos como azucenas caían al golpe de los verdugos. ¡¡Señor!!; exclamaban los pobrecitos conforme iban llegando al limbo de donde se divisaba el trono de Dios. «Señor, allá en la tierra hay un rey muy malo que mata á los niños; mandad á vuestros ángeles para que lo contengan; pero mandad muchos, Señor, porque es un rey muy fuerte y poderoso.»

—¿Creeis vosotros, hijos míos, contéstó el Señor, que necesito yo angeles para destruir una oruga de la tierra? Yo enviaré para castigar á ese miserable gusano, otro bicho digno de él.

Y diciendo esto el Señor dirigió hacia el palacio del orgulloso Herodes una mirada que lo hizo estremecer hasta los cimientos.

El *positivista* monarca, que en aquel momento estaba quitándose los pantalones para meterse en la cama, al sentir la sacudida levantó la cabeza, miró un instrumentillo que había en la pared y dijo: «Cambio de tiempo tenemos» y se quedó tan tranquilo.

Despues acabó de desnudarse, se puso un gorro de dormir, y dando un resoplido de satisfaccion, se tendió á la bartola exclamando para sus adentros: «Que me entren moscas; ahora ya puedo dormir tranquilo y reirme de todas esas farándulas del *poder espiritual*.»

Pero no sabia el infeliz lo que le andaba por detrás de las orejas.

—¿Qué le andaba abuela? ¿qué le andaba?

—Hijos míos, eso es largo de contar, y hay que dejarlo para otro día.

A. C. y G.

(Se concluirá)

LA NOCHE DEL AÑO NUEVO.

Durante la noche del primer día de 18*** un anciano recostado en su ventana elevaba sus miradas á la estrellada bóveda del firmamento, y luego las bajaba á la tierra, donde nadie como él estaba tan desprovisto de alegría y de reposo, pues su tumba no se hallaba muy léjos. Había descendido ya setenta de los escalones que á ella debían conducirle, y no conservaba del bello tiempo de su juventud más que faltas y remordimientos. Presentábase esos días á su mente, y le recordaban aquel momento solemne en que su buen padre le había llevado á la entrada de dos sendas: una que conducía á un país hermoso, tranquilo y feliz, cubierto de fértiles prades y abundantes mieses, aluma-

brado por un sol siempre puro y radiante; mientras que la otra termina en un sitio tenebroso, en una caverna sin salida, poblada de serpientes venenosas y animales espantosos.

¡Ah! había escogido la última senda.. Sentía clavarse en el corazón las serpientes, y el veneno manchaba sus labios... Ahora comprendía donde estaba; y levantando otra vez sus miradas, exclamó:

—¡Oh juventud, vuelve!... Padre mío colócame de nuevo á la entrada de la vida, para que escoja mejor.

Pero la juventud y su padre ya no existían.

Vió salir de un pantano unos fuegos fatuos que se elevaron y desaparecieron.

—Hé ahí, dijo, lo que fueron mis días de locura.

Volvió á mirar al cielo, y vió una exhalación recorrer el espacio vacilar y desvanecerse.

—Hé ahí lo que soy, exclamó, sintiendo los agudos dardos del arrepentimiento penetrar más hondamente en su corazón.

Entonces se presentaron á su memoria todos los hombres de su edad, aquellos que había conocido y los que no conocía que habían sido jóvenes como él y que diseminados ahora por la tierra se conducían como buenos padres de familia, amantes de la verdad y de la virtud, y que pasaban esa primera noche del año en dulce calma sin derramar las amargas lágrimas que él.

El sonido de la campana, que recorda ese nuevo paso del tiempo, vino de lo alto de la torre de una iglesia vecina á resonar en su oído como un canto piadoso, como una dulce armonía: ese sonido le recordó á sus padres, los votos que formaban para él en ese día solemne, las máximas que le inculcaban; votos que su desventurado hijo nunca había realizado, máximas que no había aprovechado.

Abrumado de dolor y de vergüenza, no pudo seguir mirando al cielo, donde ahora habitaba su padre. Volvió á bajar á la tierra sus tristes miradas; corrieron de sus abatidos ojos amargas y tardías lágrimas; suspiró hondamente, y no encontrando nada que pudiera consolarle, gritó desesperado:

—¡Ah! vuelve, juventud perdida; vuelve, vuelve!

Y volvió su juventud, porque cuanto había pasado era un sueño que había

turbado y agitado su reposo la primera noche del año. Era joven aún, y de todo cuanto había visto, solo sus faltas eran realidades.

Dió gracias á Dios, porque su juventud no había pasado, y porque aún podía dejar la tenebrosa senda del vicio para volver á la virtud y entrar en aquel país tranquilo, cubierto de flores y de abundantes mieses.

Volved también con él, jóvenes lectores, si como él estais extraviados. Ese sueño terrible será vuestro juez, si abrumados de pesares y remordimientos os veis algún día forzados á exclamar: «Vuelve, hermosa juventud;» porque la juventud no vuelve.

VARIEDADES

Prodigio asombroso

Hé aquí lo que escribe á los Padres de Lourdes una piadosa señora de Tolosa, sobre la curación de Maria Lacanel curada instantáneamente de un cáncer en el labio inferior por mediación de la Inmaculada Concepción.

«Mi Rdo. Padre: Mi prima Cecilia Niel, habiéndome dicho que deseábais tener pormenores muy exactos de la curación de nuestra doméstica, curada de un cáncer en Lourdes, he interrogado personalmente á la favorecida de la Santísima Virgen.

«Maria Lacanel padecía un cáncer en el labio inferior, que la hacía sufrir horriblemente, sin poder guardar cama. Su padre había muerto de la misma enfermedad despues de diez años de terribles sufrimientos. Desahuciada de los médicos, estaba resignada con la voluntad divina. En Agosto de 1888 fué con la peregrinación nacional á Lourdes. Llegó á la Gruta, se lavó en la frente y no sintió alivio alguno, sin poder apenas comer. Volvió á la aldea de Lerat, donde residia, sufriendo como siempre; y al día siguiente, jueves, padecía tanto que lloraba amargamente; pero una voz interior le decía: «Ora, ora con fé.» Y así lo hizo hasta las once de la noche, en que se acostó rezando el rosario. Apenas lo había hecho—me dijo—ví una gran claridad y sentí una mano que me dió un golpecito en los labios estremeciéndome toda; próxima á desvanecerme di un gran grito, acudieron las gentes de la casa, díjeles que rezaran las letanias, y entonces me sentí perfectamente curada.»

«Y en efecto, en este año ha vuelto á Lourdes á dar gracias á la Santísima Virgen por su perseverante curación.

»Gloria á Dios y á la Inmaculada!
»Vuestra afectísima en N. S. J.»

Plancha

La ha dirigido la masonería italiana á las logias de todo el orbe, dando instrucciones para aproximar el día en que la naturaleza cantará (según ellos) el himno de la redención sobre las ruinas de la religión.

En el último párrafo se lee: «Recomendámos á los VV. hh. que téngan siempre á la vista las disposiciones masónicas sobre la cremación de los cadáveres, MATRIMONIO y funerales CIVILES.... que desacrediten todo lo que tenga carácter religioso y sobre todo la PRENSA CATOLICA.»

No se cansen los laicos en hacer planchas, mientras la Santísima Virgen haga milagros como los de Maria Lacanel, en vano quemarán cadáveres y morirán á lo perro para dar ejemplo; la religión católica seguirá tan campante.

Otra te pego

Un desdichado periódico espiritista de Alicante, *La Revelación*, se permitió profanar días atrás infames blasfemias contra la Santísima Virgen, que han producido una explosión de entusiasta piedad y de amor filial por esta Inmaculada Señora.

Millares de personas de toda clase, edad y sexo están dirigiendo al periódico católico *El Alicantino* fervorosas protestas de fé, en tal número, que no va á quedar persona conocida por honrada en toda la provincia de Alicante que deje de manifestar su amor á la Inmaculada, de paso que su protesta contra la impiedad brutal de los espiritistas.

En nuestra Ciudad va á celebrarse un solemne triduo, en desagratío de las ofensas inferidas á la Purísima Madre de Dios.

Resulta pues, que los espiritistas han hecho otra plancha, porque lo mismo que los demás laicos, no conocen que la religión es un árbol, que cuanto más se le golpea más retoña.

No es laico

«M. Edisson ha inscrito su nombre en el álbum de la torre Eiffel, escribiendo en él que todas las maravillas de las ciencias y las artes nos hacen pensar en Dios.

Al publicar la anterior noticia un diario de París, pregunta: ¿qué dicen á esto los libre-pensadores?

¿Qué han de decir? harán, que es más que decir.

Harán con Edisson lo que los laicos de aquí hacen con Peral; hablar de él le menos que puedan.

Y como hacen en Francia con Eiffel desde que este se ha declarado cristiano.

O lo que han hecho con Pasteur en una capital departamental, acordando que se quite su nombre de una calle, porque el empu-

te sabio tiene creencias.

Es mucho el amor á la ciencia que tienen los laicos. Basta que un hombre crea para que lo desprecien aunque sea más sabio que Merlin. Y es que para ellos no hay más ciencia que no creer en nada. Bonita ciencia.

Tampoco es laico

Vean nuestros lectores las últimas palabras de un discurso pronunciado en Saltney, por el célebre Gladstone, uno de los hombres de más talla de Inglaterra.

“Sólo os he hablado de los bienes temporales, puramente temporales, los cuales, señores, no son los bienes únicos. Sin embargo, no me toca á mí el llamar vuestra atención á más altas consideraciones, ni tampoco el determinar la importancia relativa de las cosas visibles y temporales con las invisibles y eternas. A pesar de haber tenido parte no pequeña, por la legislación, en el desarrollo de las fuerzas económicas del país, digo: *Que es un error el suponer que el género humano pueda llegar á la felicidad por la riqueza y los gozos del mundo.* Palabras tan ciertas y tan grandes hoy como el día que las pronunció una boca infalible: *¿De qué servirá al hombre haber ganado el universo si pierde su alma?* No me toca á mí, señores, volver á repetir, el desarrollar estas ideas, pero, sin embargo, no he querido dejar pasar esta ocasión sin dar público testimonio de que tengo conciencia de su realidad é importancia.”

No puede morir

En Laguna de Duero, (Valladolid) se ha abierto el 10 de Noviembre una escuela nocturna de obreros, bajo el patrocinio de San José.

Un matrimonio católico de Zaragoza ha cedido á una comunidad religiosa un palacio para asilo de pobres huérfanos.

Bajo secreto de confesión ha recibido un sacerdote de Málaga la suma de 64 duros, importe de unos cubiertos de plata que habían desaparecido de casa de su dueño hace 3 años.

En la misma ciudad de Málaga, á los dueños de una casa de comercio le ha sido entregada la suma de 550 pesetas, como restitución hecha también bajo secreto de confesión.

El Sr. Obispo de Tuy, ha distribuido 4500 pesetas del producto de las bulas entre los establecimientos de beneficencia de la Diócesis.

La asociación de católicos de Barcelona ha inaugurado una nueva escuela para los pobres.

En Lecároz se trabaja con actividad para abrir una escuela seráfica.

El Sr. Martín Dural, sacerdote de Vigo, ha restituido á su legítimo dueño 100 pesetas por encargo de otro penitente.

Una religión que inspira estos hechos no puede morir.

Aunque los laicos del orbe entero pasen haciendo planchas todo lo que les resta de vida.

LA PALMERA

Hay una planta escogida
Que crece toda su vida,
Recta siempre en su carrera,
Y esta planta es la Palmera.

Ella lucha resignada
Contra la tormenta airada;
Ella sufre los rigores
De los vientos bramadores.

Y, sembrando el triste suelo
De sus frutas peregrinas
Y de sus palmas divinas,
Sube triunfante hácia el cielo.

El alma justa que gime
Y crece en la Fé y espera,
Es esa planta sublime,
Es esa bella palmera

F. J. Sala.

PENSAMIENTO

Hay para el hombre dos clases de vida: la vida de los ángeles que no piensan más que en cumplir la voluntad de Dios, y la vida de los brutos que no piensan más que en satisfacer sus sentidos. Si el hombre cumple en todo la voluntad divina, se convierte en un ángel; sino hace más que satisfacer sus sentidos, entra en la categoría de los brutos.

San Ligorio.

PARÁBOLAS DE SALOMÓN

Hacer misericordia y justicia agrada más al Señor que las ofrendas. El que cierra su oído al clamor del pobre, él también clamará; y no será oído. Quien gusta de banquetes, se empobrecerá; quien ama el vino y regalada vianda, no se enriquecerá. El que guarda su boca y su lengua, preserva su alma de grandes apuros. No hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo contra el Señor.

El buen nombre es más estimable que las muchas riquezas; la buena que-
rencia vale más que la plata y el oro.

Proverbio es: el mancebo, según tomó su camino, aun cuando llegue á ser an-

ciano, no le dejará. El que siembra mal-
dad, segará males; y con la vara de su
injusto rigor será abatido. El que se in-
clina á la misericordia, tendrá la bendi-
cion de Dios, porque partió su pan con
el pobre. Echad fuera al mofador, y sal-
drán con él las riñas, y cesarán los plei-
tos y los agravios. La necesidad está li-
gada al corazón del muchacho, y la vara
de la corrección la ahuyentará. No tra-
bes amistad con el hombre iracundo ni
andes con el furioso. No traspases los
términos antiguos que pusieron tus pa-
dres.

BIBLIOGRAFIA.

EL SACERDOTE SANTO, ó sean consejos y medios de adquirir y perfeccionarse en la santidad sacerdotal por el abate H. Dubois aprobado por Mons. Daniel, obispo de Contances. Un tomo en cuarto de 300 páginas tres pesetas cincuenta céntimos.—Madrid, Librería religiosa de Enrique Hernandez.—Paz 6.

EL KEMPIS METÓDICO, ó doctrina espiritual de la imitación de Cristo expuesta con las palabras mismas del autor conforme al plan de los ejercicios de S. Ignacio de Loyola, por varios padres de la compañía de Jesús. Un tomo en octavo de 260 páginas una peseta cincuenta céntimos.—Madrid, librería antes citada.

LECTURAS POPULARES

—(0)—

CUENTOS ARTÍCULOS Y DIÁLOGOS

DE BUEN HUMOR

de A. C. y G. director de

LA LECTURA POPULAR

TERCERA COLECCION

ILUSTRADA CON BONITAS VIÑETAS POR

D. José María Suay

PRECIO UNA PESETA.

Los pedidos acompañados de su importe á la administración de “La Semana Católica”, Bolsa 10 principal.—Madrid:

NOTA.—De la colección segunda quedan ejemplares; la primera está agotada.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una acción	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 ”
Un cuarto id.	1 ”
Un octavo id.	0'50 ”

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de “La Semana Católica”, Bolsa 10 y en las demás librerías católicas.